

Notas sobre la ciudad confinada en una pandemia urbana

Notes on the city confined in an urban pandemic

ABSTRACT. During the pandemic, cities experienced periods of confinement that questioned the sense of freedom that was embodied in its origins as a form of organization of human settlements. This text reflects on the intrinsic need to know and recognize the unknown that abounds in the streets of the city, and proposes two possible solutions for future urban trends

Key Words. Quarantine, telecommuting, street, freedom, public.

Resumen. Durante la pandemia, las ciudades vivieron periodos de confinamiento que cuestionan el sentido de libertad que quedó plasmada de sus orígenes como forma de organización de los asentamientos humanos. Este texto reflexiona sobre la necesidad intrínseca de conocer y reconocer lo desconocido que abunda en las calles de la ciudad, y propone dos posibles salidas para las futuras tendencias urbanas.

texto

Liliana De Simone

rita_17
mayo 2022
ISSN: 2340-9711
e - ISSN 2386 - 7027
págs 132-137

Palabras Clave

Cuarentena
Teletrabajo
Calle
Libertad
Público

“*Stadtluft macht frei*”¹
Adagio medieval alemán.

Un viejo proverbio alemán reza “el aire de la ciudad os hará libres”, aludiendo a una de las bases del derecho medieval de las ciudades de la Liga Hanseática que aseguraba que, luego de un año y un día, cualquier siervo que permaneciera en una ciudad podía ser libre de las dominaciones que un señor feudal impusiera previamente sobre él.

En la era moderna, este dicho cobró especial significado. Con la revolución industrial, la irrupción de la migración campo-ciudad prometía una vida liberada de las penumbras del descampado, donde los aires de la metrópolis auguraban un salario a la vez que una rutina de labores industriales, jornadas extenuantes y humos contaminantes. Eso sí, libres, como individuos en medio de una masa creciente de otros miles de liberados.

Esta promesa de libertad urbana es la base de múltiples análisis sociológicos y políticos, que persisten hasta nuestros días. La relación entre trabajo humano serial, máquinas y producción alienada, revestido de las ansias de libertad metropolitana de los asalariados, llevaría a constituir un orden social donde el consumo exponencial canalizó el libre albedrío a través del deseo de consumir. Proponiendo un modelo de deseos infinitos con medios finitos para satisfacerlos, el consumo se transformó en una fuerza productiva en sí misma: nunca dejamos de desear aquello que no poseemos, somos una fuente infinita de deseos, compensaciones, placeres y necesidades. La diversidad de nuestros deseos y los caminos que trazamos para alcanzarlos, nos hace sentir únicos y libres entre una masa deseosa por seguir deseando.

Este deseo de tener aquello que no poseemos es lo más sustancial a la sociabilidad humana. Para el padre de la antropología estructural, Claude Lévi-Strauss,² el intercambio es consustancial a la organización humana más gregaria (1969).

La necesidad de dar y recibir, ya presente desde tiempos inmemoriales, y el consiguiente lazo que este intercambio genera entre quien dona y quien recibe —sea dicho don una idea, un gesto, una palabra, una religión, una consorte, un alimento, un hechizo—, se transformaría en el origen de las relaciones humanas y las estructuras sociales que persisten hasta hoy. Y también es el origen de las reglas que rigen el deseo. No se puede desear lo que ya es propio, solo se puede desear aquello que vive en el exterior, en la otredad de lo desconocido. Y ésta, para Lévi-Strauss, es la regla más básica de la sociabilidad humana: “Tu propia madre, tu propia hermana, tus propios puercos, tus propios camotes que has apilado, no los puedes comer”. La necesidad de salir a buscar aquello que no nos es propio permitirá generar relaciones de parentesco, y luego de estrategia mercantil, con los pueblos vecinos, construyendo parentelas y generando alianzas que luego se transformarían en estados.³

Salir a buscar ‘aquello otro que deseamos’ es, por ende, la base de la teoría urbana. En el encuentro de ríos y el cruce de valles, nacieron los primeros asentamientos humanos. En aquel lugar donde se encontraron los caminos y rutas que posibilitaron el encuentro entre tribus nómadas desconocidas, se establecieron los primeros villorrios neolíticos, que darían paso a el surgimiento de civilizaciones sedentarias, rutas comerciales, idiomas en común y tecnologías de producción, transporte y defensa. Junto con estas rutas, el encuentro de culturas, lenguas, saberes y creencias otras permitieron el surgimiento de poderosas ideas, tanto políticas como religiosas, que modelaron el mundo antiguo atravesando los continentes. La ciudad es, en esencia intercambio solidificado. Las piedras que la edificaron, desde tiempos inmemoriales, no es otra cosa que la petrificación de nuestros deseos de encontrarnos con lo otro, lo diverso, lo que no es propiamente nuestro.

En cada poblado, cada ciudad, cada metrópolis, las piedras y los cementos encausan los aires de la otredad. Y con ella, los vientos del deseo que se

abalanzan sobre lo seductoramente ajeno. Salir de lo propio hacia la calle de lo ajeno es un ejercicio de deseo que se remonta a nuestra propia ancestralidad gregaria, y a la mera idea de querer vivir aglomerados en comunidades.

Para el historiador urbano Henri Pirenne, el origen del mercado y del comercio es este deseo de intercambio irrefrenable con lo ajeno. El comercio es la forma como los humanos hemos organizado la gestión del deseo, en forma de ferias, mercados, comercios, y cuya organización contemporánea se remonta a los modos en como la ciudad medieval organizó el intercambio como un acto de goce:

La utilidad de esas pequeñas asambleas consistía en cubrir las necesidades locales de la población de la comarca, y también, quizá... en satisfacer el instinto de sociabilidad que es innato en todos los hombres. Era la única distracción que ofrecía una sociedad inmovilizada en el trabajo de la tierra. La prohibición que hizo Carlomagno a los siervos de sus dominios de “vagar por los mercados” demuestra que iban a ellos más por diversión que por el afán de ganar dinero.⁴

Por supuesto, el consumo del deseo no es una actividad productiva en sí misma, y por esta razón, muchos regentes y autoridades morales la han cuestionado a lo largo de los siglos. Es decir, no hay plusvalía en el tiempo del goce. La vagancia entre mercancías no optimiza el intercambio, lo diluye, y lo convierte en mero placer improductivo.

Vagar entre mercancías era para Walter Benjamin el epítome de la actitud moderna del *flâneur*, aquel personaje liberado de las presiones de la producción, que por estatus o por privilegio se podía dar el lujo de pasar sus jornadas ‘vitrineando’ los escaparates de la metrópolis moderna.⁵ Como un navegante que vuela sobre los vientos de la libertad que le concede la multitud metropolitana, Benjamin describe al *flâneur* como un sujeto errante motivado por sus deseos irreflexivos por lo desconocido.

Y es que Benjamin describe la experiencia de consumo del *flâneur* como un acto rebeldemente improductivo fruto de la misma metrópolis nacida de la revolución industrial, donde la libertad de elegir, de desviarse, de comprometerse con algo que llame su atención, es tan impredecible como escurridiza. Por lo mismo, el vitrineo consumista siempre ha sido visto como la antítesis de la jornada laboral productiva, aquella predecible y automatizada, que genera recursos.

Salir a la ciudad, enfrentarse a los vientos de la libertad de las calles para dejarse seducir por los deseos de lo otro, es la promesa de vida que muchos humanos, desde tiempos inmemoriales, hemos pactado con lo urbano, a cambio de una vida en la naturaleza.

Los aires viciados y el retorno al encierro de lo conocido

Esa libertad hoy se ha visto amenazada en sus bases. La pandemia del 2020, que aún se extiende a los días en que escribo este texto, ha convulsionado un sistema de producción, deseo y consumo instalado desde hace un siglo en la base de nuestra vida urbana. La prohibición de desplazamiento, los toques de queda nocturnos y la obligación de mantener estrictos confinamientos domésticos fue el modo como los estados del mundo hicieron frente a los requerimientos sanitarios para control del contagio. Imposibilitados de consumir en el espacio público, pero exigidos de producir en el espacio privado, el equilibrio entre producción, deseo, intercambio y consumo se ha puesto en entredicho. Y con ello, la ciudad misma.

Mientras muchos nos tuvimos que subir al mundo del teletrabajo como quien se sube a un tren en movimiento, las pantallas, las videoconferencias, los micrófonos y las cámaras irrumpieron en nuestra domesticidad tanto o más que el mismo virus que causó todo el descalabro. Con ejercicios de malabarista, miles de millones de personas en todo el mundo hemos aprendido a trabajar y producir en horarios extendidos, con niños a cuestas, con tareas domésticas que parecen

haberse multiplicado bajo nuestros ojos, y con el temor constante del contagio cada vez que se sale de casa. Y es que nunca había sido más extenuante permanecer en casa, donde todo lo conocido se vuelve monótono y repetido, a pesar de nuestros esfuerzos por inventar nuevas experiencias confinadas.

Permanecer en casa tiene una razón fundamental: el virus se transmite por el aire, y mientras menos aire se comparta, menor probabilidad de contagio. Cada día, nuevos estudios confirman que la pandemia que nos afecta se transmite principalmente por aerosoles, y no por gotas exhaladas, como se pensó por tantos meses. Así, el aire que nos rodea ha pasado de ser aquella promesa de libertad, a ser una cárcel amenazante de la cual no podemos distinguir ni barrotes ni púas.

¿Qué significará que el aire de la ciudad ya no sea sinónimo de libertad, diversidad y derecho? ¿Qué efectos urbanos tendrá tan dramático viraje? ¿cómo volveremos a lo desconocido urbano, con desidia y desconfianza, o con anhelo abstinentemente?

Por lo pronto, el comercio urbano se ha visto mermado, si no desintegrado a su más mínima expresión: el acto de compra. Miles de clics diarios en plataformas de e-commerce han viabilizado nuestros deseos de consumo. Pero ninguno de ellos logra reemplazar la esencia del intercambio que el comercio urbano nos promete.

En un mundo de aires urbanos viciados por la pandemia, hemos instalado un sistema aerolizado de interacciones sociales que intentan reemplazar la urbanidad, sin conseguirlo. Conexiones WIFI, redes Bluetooth, aplicaciones para Likes y Matches con personas con las que deseamos encontrarnos pero que no están cerca, compras por Smartphone y entregas sin contacto en la puerta de la casa. Los vientos de libertad que corrían entre edificios los hemos entubado en cañerías virtuales de flujo infinito de datos binarios, códigos de programador diseñados para ser predecibles, y que solo son descifrables por aparatos que nos

prometen liberación, pero que no entienden de libertad.

La errancia urbana, impredecible y liberadora, ha sido reemplazada por el scrolling infinito de la economía de la atención, diseñado por expertos economistas conductuales, neurocientistas e inversionistas Tech. Con la oportunidad vertida por la pandemia, el aire de la ciudad ha sido convertido en mera transacción tecnocrática.

Por supuesto, el confinamiento era necesario para controlar el contagio, no está en duda. Pero la obsesión por usufructuar del encierro nos llevó a creer que el intercambio podía ser reemplazado por la transacción unidireccional del clic.

Esto propondrá un desafío inédito a la ciudad como fenómeno social. Existen dos alternativas. La primera, es que el efecto transaccional que convirtió, por un lapso pandémico, al aire urbano en flujo de data monetizada, permanezca en el tiempo y haga que el espacio urbano sea irrelevante. Lo público se trasfiera a las pantallas, y el deseo de encontrarnos con lo ajeno sea transferido a infinitos scrolls por aplicaciones enviciantes. Las arquitecturas se redefinan en función de los flujos de aire que la recorran, y los muros, ventanas, panderetas y fachadas queden restringidos a meros elementos funcionales a la ventilación. ¿Qué arquitectura se construirá en función de la ventilación? ¿Qué ciudad quedará luego de que nuestras nuevas adicciones virtuales se conviertan en deseos de consumo prediseñados por ingenieros de datos? ¿Cuáles encuentros fortuitos con lo ajeno, lo otro, lo errático podrán ser posibles si las calles permanecen vaciadas de libertades? ¿Qué ciudad se construirá desde el encierro entre objetos y personas conocidas? ¿Qué libertad se respira si estamos rodeados solo entre los nuestros?

La segunda posibilidad, tan temible como la primera, es que hayamos salido del encierro con ansias de goce destructivo. Georges Bataille, pensador del misticismo del goce consumidor⁶,

planteó que el consumo, tanto de ideas como de objetos, no se concluye en su posesión material, sino en la destrucción de su excedente, en la celebración de su desperdicio. En la historia de la humanidad siempre han existido ritos de consagración y profanación de los excedentes productivos, como las bacanales, las fiestas de la cosecha y los espectáculos del derroche como los San Fermín, Tomatinas y Oktoberfest, entre tantos otros. Al parecer, un rasgo arcaico de nuestra humanidad es que, luego de tiempos de esfuerzo, cosecha ardua o sacrificio (ya sea un duro invierno o una pandemia), tendemos a celebrar la vida que nos queda destruyendo y desperdiciando aquello mismo que tanto nos costó conseguir. Solo por el hecho de que ahora podemos hacerlo.

El derroche podría expresarse como una aceleración de las dinámicas productivas que nos han llevado al desequilibrio entre naturaleza y producción humana, o podría expresarse como una hiper-urbanización que desconozca la búsqueda

de bienestar de los pueblos y su diversidad.

¿Qué será de la ciudad en este proceso de profanación? ¿Cómo lograremos reestablecer una normalidad en este afán de destruir los excedentes que sobrevivieron al encierro? ¿Cuáles libertades se impondrán en esta lucha por sobrevivir al desperdicio ritual? ¿Quiénes lograrán rescatar y qué será lo rescatable?

Los cambios que la pandemia trajeron a nuestras vidas domésticas motivarán tantos otros en lo urbano, en lo público y en lo ajeno, ya sea por su irrelevancia, o por su consumo ritual. Estos cambios probablemente no se expresen de manera acelerada, sino que se desarrollen lentamente durante las décadas venideras.

El aire de la ciudad, que en estos días es sinónimo de aire virulento, volverá a ser viento de cambio, y esperemos, viento de libertad, diversidad y valorización de la otredad.

Bibliografía

BENJAMIN, Walter, (2005) Libro de los pasajes [N 9, 6], traducción de Luis Fernández Castañeda, Isidro

Mitteis, Heinrich (1952): "Über den Rechtsgrund des Satzes »"

Lévi-Strauss, Claude (2005). Antropología Estructural. Siglo XXI Editores Mexico.

Pirenne, Henri (1952) Historia económica y social de la Edad Media. México: FCE, pp. 179.

Bataille, George (2007) La Part maudite. Trad. La Parte maldita. México: Las Cuarenta

Liliana De Simone

Arquitecta, Ma. en Desarrollo Urbano y Doctora en Arquitectura y Estudios Urbanos. Profesora Asociada Pontificia Universidad Católica de Chile. Directora del Observatorio de Consumo, Cultura y Sociedad FCOM UC. rldesimo@uc.cl

Notas

1. Heinrich Mitteis (1952): "Über den Rechtsgrund des Satzes »" El Aire de la ciudad os hará libres", en: Festschrift Edmund E. Stengel for the 70th Birthday, Munster-Cologne, p. 342-358.

2. Claude Lévi-Strauss (1969). Antropología Estructural.

3. Lévi-Strauss (1969) p.27.

4. Henri Pirenne (1952) Historia económica y social de la Edad Media. México: FCE, pp. 179.

5. BENJAMIN, Walter, Libro de los pasajes [N 9, 6], traducción de Luis Herrera y Fernando Guerrero, Akal, Madrid, 2005, p. 475

6. George Bataille. (1949) La Part maudite. Trad. La Parte maldita